

La cara de Daniela transpira desesperación, nada que hacer, la impotencia es mi única constante, y como es general la inhabilidad, la mía particular se hace más aguda. Las puertas están cerradas, potencialmente destrozadas por sus garras de creaturas preternaturales claro está. Nuestras miradas concentradas en el pedazo de madera que nos resguarda del destino; porque en muchas ocasiones se sabe lo definitivo que es un asunto, sin embargo, se miente para sanar el corazón. Allí, encerrados en el cuarto 34 CA de la base, la irreversibilidad es cosa de sí. El doctor Ricaurte se pasea impaciente, echando una que otra mirada por la ventana. En uno de tantos pasiones le pisa la cola del gato –lo siento peludo, no es mi intención- dice mezclando nervios y pánico, osea, casi no se le entiende.

Tres días antes nuestras investigaciones habían concluido que, con el buen uso de las memorias, los muertos podían ser revividos. La alegría que sentimos fue inexplicable, alegría de logro, alegría de triunfo de la humanidad sobre lo implacable del cambio. Todas esas personas con las que celebramos, no estaban ya para acompañarnos en nuestro pequeño cuarto olor a “sin salida”, y mejor no recordarlos para no lidiar con más muertos vivientes.

La lluvia nos saludó (o nos despidió, vaya a saber usted); y de haber sido un día normal me habría quejado un poco, que el clima es más indeciso que nosotros, bla bla, y que no se resuelve a broncearnos o a empaparnos. Sin embargo es imposible echarle la culpa al clima por tanta catástrofe. El sonido de uñas rasgando. Que rasgan y rasgan. Arañan madera, pero los golpes no han llegado todavía porque parecen disfrutar con el miedo de sus uñas rasgar.

En la primavera de ese año habíamos decidido iniciar con las investigaciones. Era plausible la resurrección de los muertos, esa era nuestra hipótesis, y no que fuéramos un montón de locos obsesionados con lo ridículo. No, éramos científicos serios, aunque no tomados muy en serio. He de admitir que la ortodoxia no era nuestro norte, y que sí, muchos de nuestros enunciados eran descabellados; lo eran aún mientras las uñas rasgaban la pequeña división entre la vida y la muerte. Primero llegó el manuscrito del doctor Brand, que fue nuestra primera luz y nuestra primera esperanza. Escrito en una hermosa prosa contaba la historia de una casa encantada y de sus habitantes renuentes a abandonarla. Un mensaje oculto y encriptado, comunicándonos el verdadero poder de la memoria: como constructora de realidad y materialidad; y otro montón de pendejadas técnicas que no vienen al caso.

Las paredes son amarillas y descascaradas (nuestras instalaciones se alejan bastante de lo que se considera lujoso), un par de ventanas como para mirar las cosas abajo, y las personas afuera, que, no entienden más allá de su vida delimitada por el respirar y el caminar. A las personas adentro nos preocupa saber ¿qué nos impulsa a respirar? ¿por qué nuestros pies escogen los caminos? ¿o son los caminos los que escogen a nuestros pies? Saltándonos un poco estos cuestionamientos, debo recordar que es por ellos mismos que ya no hay personas afuera; y que estamos infestados por estos seres que rasgan y rasgan, y se divierten con nuestro terror.

-Aquí nunca pasa nada- ocho meses antes de la catástrofe, Daniela, quejándose de cosas que no pasan. Un café, unas gafas, su mirada curiosa, mis ojos desatentos, el sonidito de sus zapatos golpeando nerviosamente el suelo, recuerdos nada más. –No pasa nada y deberíamos hacer algo al respecto. Estoy

cansada de las investigaciones, estoy cansada de la falta de fama y dinero, en especial de la última. Si seguimos así nunca llegaremos a ningún lado- Recuerdo haber volteado la cabeza un poquito más a la izquierda, como concediéndole una parte de la razón, pero sin llegar a ser totalmente complaciente. Y ahora los zombies han destruido casi toda la ciudad, paisaje desolado, calles sin función (¿Ahora quién maneja los carros?), ni siquiera se consigue un café de calidad. La miro aterrada como está y me pregunto si le complace que ahora sí pasen cosas. Reblujo mi bolsillo, de reojo veo cómo los nervios del doctor Ricaurte aumentan exponencialmente – Ya vienen por nosotros, somos los últimos.- De la incursión en mi bolsillo me llevo una gran decepción, tan sólo un cigarrillo, ni uno más ni uno menos (osea cero para el torpe con los números). Preferiría no tener ningún cigarrillo, así sería más fácil. Pero es que fumar un cigarrillo solo es el peor de los crímenes, siempre tienen que ir emparejados. Yo pensando en cigarrillos, los zombies rasgando ahora con mayor excitación.

Una casa encantada, sus habitantes enamorados de los espectros. Una suerte de síndrome de estocolmo sobrenatural. La casa grande como todas las de su especie, de maderas traqueadoras y telarañas indestructibles. La niña de la familia, de nombre Ángela, descubre que los fantasmas asustan sólo para dejar bien claro que no están muertos. Tratan de dejar algo en limpio: uno se muere cuando le dá la gana. La primera cosa sospechosa fue que una niña (así fuera ficticia) pueda descubrir cosa tal. Empezamos a investigar y siguiendo ciertos patrones de decodificación dimos con las bases para la construcción de aquella máquina que llamamos Ángela 1.8 versión definitiva. Eso hace tres días, y sí que era una máquina hermosa. Reluciente a platino y con el futuro de la humanidad en sus entrañas (ahora es que nos damos cuenta que el futuro de la humanidad era desaparecer).

Hay cosas muy difíciles de describir, mucho más cuando se trata de una bitácora de última hora. Por ejemplo, Daniela hace ese jueguito con los dedos, el que hace parecer como si los dedos subieran por una escalera infinita, en la que cada peldaño se crea justo al tocar la nada ¿Me hice entender? A quien encuentre este documento ¿verá las mismas imágenes que yo estoy viendo? La puerta se ha empezado a rajarse, y los zombies ya no escatiman en el uso de la violencia. Su jueguito de rasgar y rasgar, prolongando dolorosamente el preludio de nuestra no existencia, ya los ha aburrido. Nunca había escrito tan rápido, nunca había escrito algo tan importante. Moriré en los próximos minutos, sin llegar a la decena lo aseguro. Esto que leen son las últimas palabras de un hombre. No son minutos son segundos, sus garras se apresuran a destrozar la madera. 20, una vaquita que vi de niño, 19, cosas que se olvidan, 18 ¿qué es realmente la memoria?, 17, ¿dónde nos equivocamos? 16, estuve enamorado de niño, 15, es difícil escapar, 14, a veces corremos ¿de qué?, 13, hay cosas que te hacen feliz, 12, no hay más que hacer que rendirse ante lo inevitable, 11, odio el número once, 10, una pelota roja, 9 ya casi no hay puerta, 8 se acercan y son más parecidos a nosotros de lo que imaginé, 7 el doctor Ricaurte muere violentamente, 6 el gato no se salva, 5 mi infancia es un lugar bonito, 4, a Daniela no le sienta la muerte, 3 ¿Hay una antesala al adiós?, 2, debería, 1, debería, sí, adi...